



www.loqueleo.com/es

© 2010, María Fernanda Heredia

© 2010, Roger Ycaza

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-755-7

Depósito legal: M-19.772-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: noviembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El mejor enemigo del mundo

María Fernanda Heredia

Ilustraciones de Roger Ycaza

loqueleq

A Manuela y a Juan Xavier.

Al Pájaro y al Rafa.

—La magia tiene sus misterios... —dijo Zintra mientras mirábamos el atlas del universo que me habían regalado en mi cumpleaños—. ¿Te imaginas lo que pasaría si todos pudiésemos usar una varita mágica para enviar a una persona a Saturno para que viviera allí mil años?

—Nuestro planeta quedaría más liviano. Y nos quitaríamos de encima a un montón de canallas —le respondí yo—. Mi padre seguro que elegiría al árbitro que pitó en el partido del domingo y mi abuelo elegiría a un diputado.

—Y mi madre a la secretaria de mi padre, que se gastó todo el bono de Navidad en una operación de ojos, nariz, pechos, cintura, cadera, muslo y juanetes... ¡Dicen que quedó como para el Miss Universo! —comentó Zintra.

8 Después guardó silencio por unos segundos y finalmente agregó:

—Yo enviaría a Saturno a mi ex mejor amigo, que me quitó a mi ex casi novia.

Luego me lanzó una mirada curiosa y dijo:

—¿Y tú, Pancho, a quién enviarías a Saturno por los próximos mil años?

Yo tenía clarísima mi respuesta. Si yo pudiera enviar a otro planeta a alguien, esa persona sería Efraín Velasco, pero seguro que Efraín Velasco también me elegiría a mí, y gracias a eso ambos viviríamos mil años en Saturno junto a un montón de diputados,



árbitros, malos amigos, secretarias sospechosas, etc.

—Creo que no elegiría a nadie, Zintra.

—¡Qué mentiroso eres, Pancho! —respondió él burlándose de mí—, no te hagas el santurrón conmigo.

10 —No me hago el santurrón, pero es que para la persona en la que estoy pensando Saturno no queda lo suficientemente lejos.

Todos los males de mi vida comenzaron por culpa de Miguel Francisco Hernández del Prado y María la Gitana. 11

Ambos fueron los protagonistas de la telenovela *Nuestro amor prohibido* y se casaron en el capítulo final.

Según me ha contado mi hermano mayor, yo debí haber nacido el día 28 de febrero, pero no fue así.

Y digo que no fue así porque el último capítulo de la famosa telenovela se transmitió a las 10 de la noche. Dicen que el país entero se paralizó, nadie quería perderse la escena final en que María la Gitana se encontraba

en el sótano de la casa, atada y amordazada por su futura suegra, doña Clementina Margarita. Esta señora quería impedir que la Gitana llegara a la iglesia y se casara con el atractivo Miguel Francisco, heredero de la fortuna de su familia.

12 Cuando la telenovela apenas había empezado mi madre sintió un dolor en el vientre. Ella sabía lo que ese dolor significaba: ¡yo venía en camino!

Mi madre bajó el volumen del televisor y llamó al doctor Córdova para informarle de lo que ocurría.

El médico, preocupado, le preguntó:

—¿Estás segura? Podría ser una falsa alarma.

—No, doctor Córdova, este es mi cuarto hijo, tengo experiencia y sé cuándo ha llegado el momento.

El médico, algo nervioso, le preguntó:

—Está bien, pero... ¿crees que podrías aguantar hasta que se termine la telenovela?

Mi madre se sorprendió con la pregunta, pero decidida respondió:

—¡Claro! Si es necesario me pondré de cabeza para que el niño no se salga, pero este capítulo no me lo pierdo por nada.

13

Ese día hubo tantos anuncios en medio de la telenovela que el capítulo se extendió hasta las once y media de la noche. Cuando ya todo parecía perdido y la maliciosa suegra reía en el primer banco de la iglesia, María la Gitana consiguió liberarse de las ataduras y llegó a tiempo para casarse con su amado.

Cuando apareció la palabra FIN en la pantalla, mi madre ya no podía más del dolor. Lloraba sin parar, pero no por mí, sino por la emoción del apasionado beso final entre Miguel Francisco y María la Gitana,

que vieron triunfar su amor. Inmediatamente mi padre la trasladó al hospital.

La enfermera que la atendió en la sala de emergencias le decía angustiada: «¡Aguante, señora, el doctor Córdova está en camino!».

14 Y mi madre aguantó todo lo que pudo. Aguantó demasiado.

A las 12 en punto de la noche entró el médico al quirófano y al cabo de un minuto... nací.

Ese era el primer minuto del primero de marzo.

En honor al protagonista de la novela mi madre exigió que mi nombre fuera Miguel Francisco, y mi padre aceptó.

El doctor Córdova nos hizo un importante descuento en sus honorarios en vista de que era el cuarto parto de la misma familia que él asistía (eso se llama «descuento por volumen»), así es que como agradecimiento



mi padre me añadió un tercer nombre: Miguel Francisco Santiago..., más conocido en el barrio de Santa Clarisa como Pancho.

Pero no es mi nombre lo que me molesta, sino la impuntualidad de mi nacimiento.

Yo habría podido llegar al mundo el 28 de febrero, ¡pero no! Por culpa de esa telenovela mi madre y el médico retrasaron al máximo el parto y nací al día siguiente.

¿Y cuál es el problema?, preguntaría mi padre, que piensa que el único en el mundo que tiene problemas es él.

16 El problema es que ese mismo primero de marzo nació Efraín Velasco, el niño más odioso, antipático, consentido e insoportable de mi clase.

Y también es el organizador de las mejores fiestas de cumpleaños..., por eso a mi fiesta nunca asiste nadie.

A Zintra lo conocí cuando mis padres y yo nos encontrábamos organizando mi fiesta de cumpleaños número ocho. Aunque entre él y yo había algunos años de diferencia, no nos costó trabajo hacernos buenos amigos.

17

Yo quería organizar una fiesta divertida, pero cuando eres el último hijo tus padres ya están un poco cansados. Ya no tienen la misma energía ni la misma creatividad que tuvieron con su primer hijo.

Basta mirar las fotografías de mi hermano Pedro (el mayor) para darse cuenta de esto. Debe haber ocho millones de fotos de su primer año de vida: Pedro sonriendo,

Pedro llorando, Pedro durmiendo, Pedro en la bañera, Pedro desnudo, Pedro con pañal, pañal con Pedro, Pedro soplando la velita, Pedro comiéndose la velita, Pedro escupiendo la velita...

18 En el caso de Pablo (el segundo) la cantidad de recuerdos se reduce a la mitad. De él *solo* hay cuatro millones de fotos.

Con mi hermana Valentina la cosa mejora un poco porque es la única mujer y mis padres enloquecieron comprándole todos los trajes de princesitas que encontraron en las tiendas. Valentina era totalmente calva cuando nació, por eso en las fotos aparece como un gnomo vestido de Blancanieves.

Mi álbum fotográfico es mucho más reducido que el de mis hermanos, pero eso a mí no me importa demasiado, siempre salgo con cara de tonto, así es que prefiero mantenerme alejado de la cámara.

Cuando estaba preparando mi fiesta de cumpleaños número ocho, mi madre me sugirió:

—¿Qué te parecería si yo preparo un pastel de chocolate e invitamos a tus tíos y primos?

—Aburrido, mamá.

—Bueno..., podríamos comprar helado.

—Seguiría siendo aburrido, mamá.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—¡Quiero una fiesta divertida! Como las que organiza Efraín Velasco.

—¿Y quién es él?

—Un niño de mi clase que es hijo único y que, según he sabido, organiza las mejores fiestas de la historia.

—¿Has asistido a una de sus fiestas?

—preguntó mi padre.

—¡Nunca! Porque los dos cumplimos el mismo día y nuestras fiestas son siempre en

la misma fecha. Por eso no me invita y por eso jamás ha venido nadie de mi clase a mi cumpleaños. ¿Se han dado cuenta de eso?

20 Mis padres se miraron extrañados y pude leer en sus ojos que ni siquiera se acordaban de mis otras fiestas... De hecho, a ratos parecía que ni siquiera se acordaban de quién era yo ni qué hacía en la mesa de la cocina charlando con ellos.

—Bueno..., podrías preguntarle a ese niño cuándo va a hacer su fiesta para que tú puedas hacer la tuya en otra fecha, así no coincidirían —dijo mi madre, con el tono de voz que utilizaba para dejarnos saber que, como siempre, ella había encontrado la solución para todos los problemas de la humanidad.

—No, mamá, tú no conoces a Velasco. Es un bicho. Siempre averigua cuándo haré mi fiesta, justamente para cruzarse en mi

camino. Y como todos en la clase saben que sus fiestas son buenísimas, no tienen que pensar mucho para elegir, ¿no?

—Está bien —dijo mi padre—. Si es cuestión de organizar una buena fiesta, ¿podríamos contratar a un payaso!

Tuve ganas de contestar: «¿Un payaso?! ¡Gracias! ¡Si va a haber un payaso en mi fiesta, nadie querrá perdérsela, hasta Shakira querrá venir!».

Pero decidí respirar y dije:

—No creo que sea una buena idea. Los payasos están bien para las fiestas de niños pequeños. Yo preferiría algo así como un show espacial intergaláctico o una mansión del terror.

Mis padres se miraron con sorpresa, como si yo estuviera hablándoles en alemán.

—No se preocupen —les dije—, he consultado en Internet y he pedido a algunas

empresas que hacen este tipo de cosas en fiestas de cumpleaños que nos envíen sus propuestas. Las empresas Party Corporation y Fiestalandia enviarán mañana sus ofertas a la dirección electrónica de mamá.

22 Yo soñaba con una fiesta divertida. Cada vez me costaba más trabajo hacer amigos en el colegio. Todos se sentían hipnotizados por el mundo de Velasco y yo me iba quedando solo. Organizar una fiesta a la que todos quisieran asistir y pasarlo bien era una de mis pocas oportunidades para conseguir amigos.

Cuando, al día siguiente, mis padres se enteraron de lo que esas empresas cobraban me lanzaron un discurso lleno de «mente», que era el que utilizaban para decir que no:

—Mira, Panchito, *desafortunadamente* y *realmente* tu madre y yo hemos pensado *honestamente* que *difícilmente* podremos

hacer esa fiesta que tú *alocadamente* nos has pedido. Así es que *sinceramente* hemos contratado a un mago que muy *profesionalmente* vendrá esta tarde *puntualmente* para que lo conozcas *adecuadamente*. ¿De acuerdo?

Esa tarde llegó Zintra y, por lo que pude ver..., era el peor mago del mundo.

Indudablemente.